

suyos la princesa Varvara Ilinichna, creo que accedería á ello,—añadió mi abuela revolviéndose en el sillón con ademán de un gran desprecio. Y continuó diciendo, mientras con el pañuelo se enjugaba una furtiva lágrima:—Sí, amigo mío, pienso muchas veces que



él no puede ni apreciarla ni comprenderla, y que á pesar de toda su bondad, de su grande amor por él y de su afán en disimular todo dolor—lo sé muy bien—no puede ser ni es dichosa con su marido, y acordaos siempre de lo que os digo ahora: si un día...

En este punto, mi abuela se cubrió el rostro con el pañuelo, llorando amargamente.

—Ea! amiga mía...—exclamó el príncipe á modo de reconvencción—estoy viendo que os entristecéis y lloráis por nada, por dolores imaginarios... No os da vergüenza! mucho tiempo hace que *le* conozco, y sé que es un marido

atento, bueno, afable y sobre todo sé que es un hombre correctísimo, un perfecto caballero.

Y habiendo oído, sin querer, una conversación que no debía haber escuchado, profundamente conmovido, de puntillas salí en aquel punto del salón.



XIX

Los Ivine

VOLODIA! Volodia!... Los Ivine!—grité con alegría al ver por la ventana á tres jóvenes con paletós azules y cuellos de castor, que, seguidos por su ayo muy joven y elegante, atravesaban la acera por delante de nuestra casa.

Los Ivine, parientes nuestros, eran casi de la misma edad que nosotros. Al poco tiempo de nuestra llegada á Moscova, trabamos conocimiento con ellos é hicimos buenas amistades.

El segundo de los Ivine; Serioja, era muy moreno, con largos bucles, con una nariz pequeña, arremangada y recta, con labios de un rojo vivo y algo gruesos, que casi nunca cubrían la hilera superior de sus blancos dientes, con ojos de un hermoso azul oscuro y con una expresión de carácter muy enérgico. No sonreía jamás; ó estaba totalmente serio, ó reíase á todo trapo, con una risa sonora, armoniosa y de veras simpática. Su original belleza me chocó ya desde el primer momento. Una atracción irresistible me llevó hacia él; verle colmaba mi dicha, y durante mucho tiempo todas las fuerzas de mi alma consagréronse al cumplimiento de este deseo; cuando pasaba dos ó tres días sin verle, comenzaba por sentir una especie de disgusto íntimo y acababa por ponerme triste y aún por llorar muchas veces. Todos mis sueños y mis ensueños no tenían más objeto que mi amigo. Al dormirme formulaba en mi fuero interno el deseo de verle en sueños, y en el momento de cerrar los

ojos veía surgir ante mi su figura, cuya contemplación causábame un inmenso placer; sin embargo, á nadie del mundo hubiera querido yo confesar un sentimiento que hasta tal punto me absorbía. Quizás porque le era desagradable sentirse constantemente acariciado por mis miradas, ó quizás porque no sentía hacia mí la más pequeña simpatía, es lo cierto que prefería siempre jugar y hablar con Volodia antes que conmigo. Mas yo de todos modos estaba contento, yo no deseaba nada, no exigía nada y estaba dispuesto á sacrificar toda mi existencia por él. Además de esta apasionada atracción que sobre mí ejercía, su presencia excitaba en mí, en un grado no menos vivo, también otro sentimiento: el temor de causarle tristeza y de disgustarle. Puede que á causa de la expresión altiva de su rostro ó bien porque, menospreciando el mío por feo, apreciaba exajeradamente en los demás el privilegio de la belleza, ó bien quizás—lo cual parece más seguro,—por ser un indiscutible signo de amor, es lo cierto que yo sentía hacia él una especie de temor tan grande como mi amor mismo. La primera vez que Serioja se me dirigió, me sentí profundamente turbado por dicha tan inesperada, y palidecí, se me agolpó después toda la sangre en la cabeza y no acerté á contestar una sola palabra. Tenía él entonces la mala costumbre, cuando reflexionaba, de mirar á un punto fijamente, parpadeando sin cesar y contrayendo fuertemente las cejas. Todos decían que ese *tic* le estaba malísimamente, pero á mí me parecía tan gracioso y encantador que inmediatamente me puse á imitarle, con entusiasmo tal, que tres días después de habernos conocido, mi abuela me preguntó si es que estaba enfermo de los ojos, pues de tal modo los movía que parecía de veras un ave nocturna. Jamás se cruzó entre nosotros una sola palabra de cariño ó de ternura, pero comprendió tan bien el poder que sobre mí ejercía que, inconscientemente, pero también tiránicamente, se sirvió de él en nuestras relaciones infantiles, y aunque yo sentía unos grandes deseos de decirle todo mi afecto, no lo hice por el temor que me inspiraba, haciendo imposible la franqueza, por lo cual tomé el partido de aparecer indiferente, pero en realidad someténdome á él sin el menor asomo de rebelión. En alguna



ocasión me pareció insoportable su tiranía, pero nunca hallé manera de librarle de ella.

Me causa honda pena ahora el recuerdo de esos sentimientos puros y buenos, de ese amor desinteresado y sin límites y que se extinguió sin haber podido ser declarado ni correspondido.

Cosa es bien extraña, que siendo niño tratase de parecerme á los hombres, y ahora que soy hombre muy frecuentemente trate de parecerme á los niños. Muchas veces este deseo—el de no parecer niño—contuvo, en mis relaciones con Serioja, el sentimiento que iba á declararse, obligándome á ser hipócrita. No tan sólo ni me atrevía siquiera á besarle, cosa que deseaba á veces con verdadero ardor, sino que ni osaba tomarle una mano y menos aún decirle cuán contento estaba de verle... Tampoco me atrevía á llamarle Serioja, sino *Serguei*, como era ya costumbre entre nosotros. Con la más pequeña muestra de sensibilidad poníase uno en evidencia de que era todavía un *niño*, ignorante de las amargas experiencias que hacen á las personas mayores reservadas y prudentes hasta la frialdad... Y así en nuestras relaciones, nos privamos á nosotros mismos de los más puros placeres, de las afecciones más tiernas, por el único y extraño deseo de parecernos á los *hombres*.

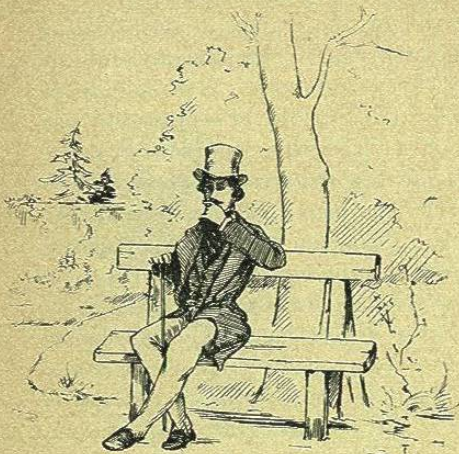
Corrí al encuentro de los Ivine hasta la antecámara, les dí los buenos días y corriendo también fui á dar la buena noticia á mi abuela, llevando pintado en el semblante la más franca expresión de alegría y bien convencido de que la llegada de los Ivine había de colmar también de inmensa satisfacción á la venerable anciana. Después, sin perder nunca de vista á Serioja, le seguí hasta el salón, espionando sus menores movimientos. Mientras mi abuela iba diciendo que había crecido mucho, ví que fijaba en él su mirada penetrante, y entonces sentí la especie de temor mezclado con esperanza que ha de sentir también el pintor cuando espera de labios autorizados la definitiva sentencia sobre su obra predilecta.

El joven ayo de los Ivine, con el permiso de mi abuela, nos acompañó á todos al jardín, se sentó en un banco pintado de verde, cruzó graciosamente las piernas, colocando entre ellas el bastón con puño de cobre, y con toda la expresión de un hombre que está enteramente satisfecho de sus actos, encendió un cigarrillo.

Herr Frost era alemán, pero un alemán de especie muy distinta que nuestro buen Karl Ivanovitch; primeramente hablaba con gran corrección el ruso y el francés, pero con pronunciación muy defectuosa, y gozaba en general, sobre todo entre las damas, de la reputación de hombre muy sabio; segundamente, tenía los bigotes rubios, llevaba una gran aguja de rubies en la corbata de *satén*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

negro, y vestía un pantalón azul claro muy elegante; terceramente, era joven, de rostro hermoso, aunque poco expresivo y era de fuerte musculatura. Adivinábase que apreciaba en mucho esas



últimas ventajas, creyéndose irresistible con las personas del sexo femenino, y por esto, sin duda, en todas sus actitudes procuraba poner en evidencia su musculosa complexión. Era el tipo verdadero del joven alemán-ruso que quiere mostrarse bravo y conquistador.

En el jardín reinó gran alegría. El juego de los bandidos á que nos entregamos marchaba perfectamente, cuando un pequeño incidente estuvo á pique de desbaratarlo todo. Serioja era un bandido, y al ir á echarse encima de un viaje-

ro, dió un paso en falso y fué á topar violentamente contra un árbol; fué tan fuerte el golpe que de veras creí que se había lastimado. Yo hacía el gendarme, y aunque mi deber era atacarle, corrí hacia él y del modo más afectuoso que supe le pregunté si se había hecho daño. Serioja se enfadó contra mí, apretó los puños, y golpeando con rabia el suelo y con voz que descubría que en realidad dolíase del golpe, empezó á gritar:

—Ea!... qué significa esto? Es que no hay manera de jugar contigo? Por qué no me persigues, vamos á ver, por qué no me persigues?—iba repitiendo sin dejar de mirar á Volodia y á su hermano, que hacían los viajeros y saltaban y corrían alameda abajo; de pronto lanzó un agudísimo grito y rompiendo á reír estrepitosamente se fué en su seguimiento.

No sabré decir cuánto me sorprendió y hasta dónde me sentí cautivado por este acto de heroísmo; á pesar de haberse hecho bastante daño, no tan solamente no lloró, sino que ni siquiera dió señales de sentir el más pequeño dolor y tampoco olvidó ni por un instante el juego.

Poco después, se nos reunió y jugó con nosotros Ilinka Grapp, y antes de subir á comer, Serioja tuvo todavía ocasión de sorpren-

derme otra vez y de encantarme nuevamente con su valor extraordinario y la firmeza de su carácter.

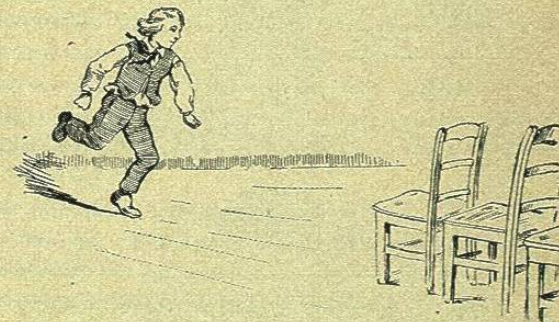
Ilinka Grapp era el hijo de un pobre hombre extranjero que en antiguos tiempos había vivido en casa de mi abuela y le debía inmenso reconocimiento. Y ahora creíase en el deber de enviar con frecuencia á su hijo como de visita á casa. Pero si se figuraba el buen hombre que nuestro conocimiento y nuestro trato habían de causar á su hijo algún provecho ó algún placer, se engañaba en absoluto, puesto que no tan sólo rehusábase á Ilinka nuestra amistad, sino que si de él nos ocupábamos alguna vez tan sólo era para burlarnos.

Ilinka Grapp era ya un jovencuelo de trece años, delgaducho, alto y muy pálido, con un rostro que tenía una inexplicable semejanza con la fisonomía de los pájaros, y con una expresión llena de timidez y de cierto instintivo temor; iba siempre pobremente vestido, pero siempre también tan lleno de pomadas, que nosotros habíamos llegado á afirmar que si se ponía un rato al sol, se derretían las pomadas en la cabeza del muchacho é iban surcando sus vestidos.

Cuando ahora le recuerdo, paréceme que era un niño muy servicial, dulce y bueno; pero en aquel entonces se me antojaba un sér hasta tal punto despreciable que ni era digno de lástima ni valía la pena de ocuparse de él.

Cuando hubimos acabado de jugar á los bandidos subimos al salón, y allí empezamos á mover gran zaragata entregándonos á ejercicios de gimnástica, empenándonos cada cual en hacer algo que los demás no hicieran.

Ilinka nos miraba como sorprendido y con una pequeña sonrisa en los labios; entonces le propusimos que hiciere lo mismo que nosotros, y no quiso, diciendo que no se creía capaz de ello. Serioja estaba soberbio, encantador, se había quitado el vestido y hacía sus ejercicios en mangas de camisa; en su rostro y en sus ojos se pintaba la alegría, reíase incesantemente y á cada momento inventaba nuevos juegos y nuevos saltos; tan pronto saltaba por encima de tres sillas puestas una al lado de otra; tan pronto hacía



piruetas alrededor de toda la sala; tan pronto poníase piernas arriba apoyando las manos sobre los diccionarios de Tatistchev, que colocaba en medio de la estancia á manera de pedestal, y hacía entonces con las piernas tan ridículos movimientos que era cosa imposible no reírse de todo corazón... Después de este último ejercicio, que tuvo pleno éxito, se detuvo y reflexionó un momento; luego, arqueando según solía las cejas y con aire aparentemente serio se acercó á Ilinka y le dijo:

—Vamos á ver, probad de hacer esto; os aseguro que no es cosa muy difícil.

Viendo Grapp que la atención de todos estaba fija en él, se avergonzó extraordinariamente y encendido el rostro y con voz apenas perceptible juró que no podía hacer en modo alguno lo que se le pedía.

—Eso es, que lo haga; no vale decir que no sabe... Es acaso una niña?... Ea! no hay más remedio... que se ponga de cabeza abajo.

Y Serioja le tomó entonces de la mano.

—Sí, sí!... de cabeza abajo!... gritamos todos rodeando á Ilinka, que palidecía de terror. Le cogimos y le arrastramos casi hasta la pila de los diccionarios.

—Dejadme... yo lo haré solo... No me rompáis el vestido!—gritaba la pobre víctima. Pero sus gritos de desesperación nos excitaron aun más, y todos nos moríamos de risa, pues el traje del pobre niño se desgarraba y se descosía por todos lados.

Volodia y el mayor de los Ivine inclinaron la cabeza del desdichado niño hasta tocar con ella los librotos; yo y Serioja le cogimos las piernas que él agitaba hacia todos lados como para desasirse, le arremangamos los pantalones hasta las rodillas y le soltamos en medio de grandes risotadas... Serioja se encargó de sostener en equilibrio el cuerpo del desdichado, puesto de cabeza abajo.

Después de aquella primera explosión de risa, nos callamos todos un momento, nunca he sabido por qué, y en la sala reinó un silencio tal que no se oía sino los acongojados suspiros del infeliz Grapp... La verdad es que en aquel momento no estaba yo seguro de que fuese todo aquello cosa realmente divertida.

—Ea, ahora!... muy bien!...—dijo Serioja, soltando de pronto á Ilinka y palmoteando regocijadamente.

El pobre niño nada decía, y al tratar de desembarazarse de sus enemigos, dió con el talón de la bota tan fuerte golpe en el ojo de Serioja, que éste se apartó rápidamente del grupo llevándose las manos á los ojos, de los que empezaron á brotar abundantísimas

lágrimas... Ilinka, en cuanto quedó suelto, cayó pesadamente al suelo, como un cuerpo inerte, y al través de sus lágrimas pudo únicamente decir:

—Por qué me martirizáis?

El aspecto del pobre Ilinka era de veras lamentable, con el rostro bañado en lágrimas, desgreñados los cabellos, arremangados los pantalones, dejando al descubierto las piernas y las destrozadas botas. Todos nos callamos, sintiéndonos instintivamente culpables, y para disimular empezamos á reírnos forzosamente.

Serioja, no obstante, fué el primero en reponerse.

—Parece una mujer lloricona—dijo tocándole suavemente con el pie.—Con éste no se pueden hacer bromas... Vaya! Levantaos!

—Yo lo que digo es que eres un mal amigo y un mal niño!—dijo con cierta cólera Ilinka, y volviéndose del otro lado se echó á llorar.

—Ah! esa es buena .. darle á uno grandes talonazos, y salir luego con injurias!—gritó Serioja cogiendo un diccionario y blandiéndolo por encima de la cabeza del desdichado, quien ni tan sólo intentó defenderse, no hizo más que cubrirse la cara con las manos.

—Esa es tuya, bien tuya...—dijo Serioja tirándole el libro á la cabeza.—Dejémosle, pues no sabe comprender lo que es broma. Vamos al jardín!—y se reía con gran risa forzada.

Yo me miraba con honda compasión al desdichado, todavía tendido en el suelo y llorando, con el rostro cubierto por el diccionario, tan estrepitosamente que dijérase que se iba á morir...

—Vamos, Serguei!—le dije—por qué has hecho eso?

—La gran cosa! Acaso he llorado yo cuando no há mucho me rompo por un poquito más la pierna?...

«Eso es verdad, pensé; Ilinka no es más que un llorón... Serguei sí es un chico valiente, oh! muy valiente!...»

No supe entonces comprender que Ilinka menos lloraba por el



dolor físico que se le causara, que por la idea de que cinco niños, que eran tal vez muy de su agrado, sin razón alguna, se habían puesto de acuerdo para molestarle y hacerle sufrir.

Hoy ni siquiera puedo explicarme la crueldad de mi acción. Por qué aquel día no me acerqué á él, por qué no le defendí, por qué no le consolé? Donde se escondió en aquellos momentos el hondo sentimiento de compasión que me hacía llorar con las más ardientes lágrimas á la sola contemplación de un pajarito que se caía del nido, ó al ver que pegaban á un perro, ó bien á la sola idea de que iban á matar una gallina para hacer el caldo?

Tan buenos sentimientos estaban acaso entonces dominados por mi estimación hacia Serioja y por el deseo de parecer, en su presencia, tan valiente como él mismo?... Lo cierto es que esa estimación y ese deseo de parecer valiente no eran en el fondo cosa muy envidiable—y ellos constituyen la sola mancha negra que he podido hallar en las páginas de mis recuerdos infantiles.



XX

La llegada de los invitados

A juzgar por la agitación extraordinaria que reinaba en todas las dependencias de la casa y por la iluminación espléndida que daba cierto aire de novedad y de fiesta á los objetos y muebles del salón y de la sala grande, que desde hacía tiempo conocía bien, y por el hecho además de que el príncipe Ivan Ivanovitch había enviado sus músicos, no cabía duda de que un gran número de invitados eran esperados aquella noche.

Al rumor de cada uno de los coches que se paraban delante de casa, yo corría á la ventana, y apoyando mis manos entre mis sienes y los cristales para ver mejor, con curiosidad impaciente miraba á la calle. La oscuridad impedía de buenas á primeras distinguir los objetos exteriores; pero poco á poco se iban dibujando: en frente había una tienda que yo de antiguo conocía, con su gran linterna; al lado una gran casa, con dos de sus ventanas del piso bajo iluminadas; en medio de la calle un infeliz cochero guiando un carruaje con varios viajeros, ó bien sin ninguno, ya de vuelta á casa; de pronto se pára un coche ante el portal, y yo, plenamente convencido de que eran los Ivine—pues prometieron venir temprano—corro á su encuentro hasta la antecámara; pero en vez de los Ivine, aparecen, tras el criado que abre la puerta, dos personas del sexo femenino: una muy alta, envuelta en una especie de manto azul con cuello de cibelina; la otra pequeñita, toda ella cubierta